



¡Vaya chapuza!



– ¿Chapuza?

Porque me he armado de valor y le he enseñado, por fin, y un poco más optimista gracias a los ánimos que el señor Ramírez me ha infundido, mis pequeños progresos.

– ¡Pero si es la verdad!

Y nos enzarzamos en una discusión tal vez acalorada planteándonos qué es la verdad; cuánto o a quién importa la verdad; cuáles son los valores estratégicos o artísticos de la verdad; hasta dónde se puede llegar esgrimiendo tales o cuales verdades...

No logramos llegar a un acuerdo¹ y nos disponemos a separarnos, un poco cabizbajos.

Ya hemos terminado el último sorbo de las consumiciones y estamos recogiendo las pocas cosas que hemos puesto hoy sobre la mesa.

El dice entonces “¡Joder, no tengas tanta prisa! Anda, tomate otra”.

Y bebemos en silencio sin que suceda nada, sin que ninguno de los dos encontremos la palabra mágica que logre romper el hielo hasta que, transcurridas un par

¹ Sin que logre yo saber, por más que me he devanado los sesos, si se ha debido a que la discusión ha sido acalorada en exceso — y puestos ambos a la defensiva nos hemos obcecado y no querido prestar atención ni tomar en consideración los argumentos del otro — o si, por el contrario, nos ha faltado pasión y hemos expuesto las respectivas razones de manera poco convincente, o poco clara...

¡Vaya chapuza!

de horas², se acerca la camarera y me dice que lo siente, pero que es hora de cerrar.

Yo lo lamento; no que sea hora de cerrar — porque la verdad es que me duele bastante la cabeza y entiendo que me vendrá bien irme a casa, y tomarme una aspirina y meterme en la cama — sino porque, estratégicamente, o artísticamente, me habría venido mejor que dijera cualquier otra cosa³ que me diese pie a entablar conversación, más cuando el local había estado toda la tarde prácticamente vacío⁴, y preguntarle “¿a usted que le parece?”.

Ella, entonces y a muy poquita buena voluntad que le echase, habría podido aportar su punto de vista y darme su opinión sobre si me haría más juego que la chapuza fuese el cielo y el infierno — que no estaría siendo ningún disparate porque, eso era cierto, me había salido algo torcido — o el hecho, intrascendente tal vez, de sacar a relucir la edad del chico, tan espabilado *pero y qué*, o la circunstancia obvia en un principio de que el abuelo fuese mudo.

Luego, ya en la calle, me vino a la cabeza que en lo concerniente al tema de la verdad y tantas consideraciones en torno a ella como pudieran hacerse no habíamos entrado; y estuve por regresar.

² Que a lo mejor es mucho, pero yo qué sé.

³ Como por ejemplo que si quiero otro café, que es algo que suelen decir las camareras cuando a instancias del escritor que les da vida se muestran dispuestas a colaborar.

⁴ Y ella silenciosa, tras el mostrador, hojeando seguro una de esas revistas tontas.

¡Vaya chapuza!

Regresar y, ya a solas y quién sabe si no a oscuras y teniéndome que servir de la llama del mechero si tenía ella costumbre de desconectar la luz, volver a sentarme en la misma mesa y a ponerme en la misma postura y a colocarme en la misma situación para, en absoluto silencio ahora, volver a abrir la carpeta y retomar la conversación con mi amigo que, sentado frente a mí lejos y ajeno a mis inquietudes por plasmar negro sobre blanco un mundo tan abstracto como es el de las ideas, liberado de la obligación a que lo enfrentaba el hecho a buen seguro tan ingrato de tener que resultar si no del todo brillante sí al menos inteligente, se hallaría en las condiciones óptimas para verbalizar con entera sencillez algo tan complejo como qué es y para qué sirve algo tan peregrino y cuestionable como lo es la verdad.

Pero, amparado en el subterfugio de que en la oscuridad no me sería posible transcribir lo que él dijera, no regresé.

Y vuelve a asaltarme la duda porque no sé si lo hice — o no lo hice, o si sería más adecuado *desistí* — por lo que termino de exponer o porque ella había echado ya el cierre, o porque era una mujer francamente antipática, o porque ya tenía yo bastante emborronados los papeles y bastante ensombrecido el ánimo a causa de la mudez — tan irreflexiva e innecesaria y que tan culpable me hacía sentir — del pobre señor Ramírez como para seguir enredando.

(Continuará)⁵

⁵ Escribí. “**Y que sea lo que Dios quiera**”, pensé.